

Capítulo quinto

Factores contrarios al proceso de mundialización y su relación con la globalización

Francisco Márquez de la Rubia

Resumen

El mundo parece haber asumido que nos encontramos en un momento en el que el fenómeno de la globalización ha conseguido anular las barreras del tiempo y del espacio y está consiguiendo redefinir un buen número de los hasta ahora axiomas políticos, económicos o sociales. Sin embargo el fenómeno encuentra cada vez más oposición y genera más debate entre pensadores, académicos y movimiento sociales. La comercialización de las relaciones internacionales es uno de los elementos auspiciado por la globalización y que más resistencia encuentra en todos los órdenes.

Parece un hecho incontestable que la globalización está provocando efectos no deseados en términos de inequidades, desigualdades y grupos afectados. Esto está suponiendo la vuelta a la escena de movimientos políticos y sociales que se nutren del antiguo nacionalismo y de mensajes populistas. Mientras, las soberanías estatales se erosionan y no surge una nueva gobernanza que ayude a superar los excesos y los errores del proceso de hiperglobalización. El mundo globalizado del siglo XXI parece exigir una globalización con un rostro más humano.

Palabras clave

Globalización, Antiglobalización; Nueva economía; Deslocalización; Liberalismo.

Abstract

The world seems to have assumed that we are in a moment in which the phenomenon of globalization has managed to cancel the barriers of time and space and is getting to redefine a good number of the up to now political, economic or social axioms. However the phenomenon is creating more and more opposition and generates more debate among thinkers, academics, and social movements. The commercialization of international relations is one of the elements sponsored by globalization and that more resistance finds in all orders.

It seems to be an undeniable fact that globalization is causing undesirable effects in terms of inequities, inequalities, and badly affected social groups. We observe the return to the scene of political and social movements that are nurtured by the old nationalism and populist message. Meanwhile, State sovereignty is eroding but a new governance that would help to overcome the excesses and errors of the hiperglobalization process is not in the close future. The globalized world of the 21st century seems to require a globalization with a more human face.

Keywords

Globalization, anti-globalization; New economy; Offshoring; Liberalism.

«...Conviene distinguir entre globalización y neoliberalismo. Se puede —y se debe criticar— al neoliberalismo radical y, al mismo tiempo, defender la globalización. La idea de una economía regulada por el mercado, al margen de todo control político-social, es obviamente absurda: el movimiento incontrolado de los capitales financieros es peligroso; ahora bien, si algún remedio hay que poner ha de ser dentro del marco nuevo e imparable de la globalización. No se puede volver hacia formas caducas de Economía dirigida ni hacia Estados proteccionistas. Habrá que configurar nuevos medios de control social en permanente ósmosis con la aceleración tecnológica y dentro del paradigma ecológico de un desarrollo sostenible».

Salvador Pániker

Introducción y consideraciones iniciales

Asistimos de forma sorprendente a un auge de aquellos movimientos que en su día se consideraron minoritarios y sobre los que sin embargo se concentra una parte importante de la tendencia sociológica de nuestros días. Los hechos hablan por sí mismos. En efecto, no se trata exclusivamente de los ya clásicos movimientos de militantes de partidos de ultraizquierda, grupos utópicos o automarginados sociales, no: lo más sorprendente e inquietante es que académicos y pensadores se suman a esa cada vez más larga y dispar lista de los antiglobalizadores o al menos de los que ponen en cuestión el paradigma intrínsecamente beneficioso del fenómeno, de los que dudan de las bondades de la corriente imparable de nuestros días. Para muestra, basta recordar la trayectoria y las opiniones expresadas de forma reiterada por uno de los tres ganadores del premio Nobel de Economía de 2001, Joseph Stiglitz, profesor de la prestigiosa Universidad de Stanford, exasesor del Gobierno de Bill Clinton y exfuncionario del F.M.I. Stiglitz, en un muy comentado y debatido artículo publicado en la revista *The New Republic*, titulado *Lo que aprendí de la crisis económica mundial*¹, cuestiona las respuestas del Banco Mundial y del F.M.I. ante el colapso de las economías de los hasta entonces invencibles tigres asiáticos. Stiglitz, en un franco apoyo a los conceptos antiglobalizadores, afirmaba:

«Dirán que el F.M.I. es arrogante. Dirán que el F.M.I. no le presta atención a los países en desarrollo a los que se supone debe ayudar. Dirán que el F.M.I. no es transparente y se aísla de la responsabilidad democrática. Dirán que la medicina del F.M.I. a menudo deja al enfermo peor y convierte una situación de aceleración en una de recesión. Y luego la recesión se convierte en depresión. Y cuando lo digan tendrán la razón. Creo que la globalización puede ser una fuente benéfica y su potencial es el enriquecimiento de todos, particularmente los pobres; pero para que todo su-

¹ http://www.fce.unal.edu.co/media/files/documentos/Cuadernos/32/v19n32_stiglitz_2000.pdf .

ceda es necesario replantearse profundamente el modo en que la globalización ha sido gestionada, incluyendo los acuerdos comerciales que tan importante papel han desempeñado en la eliminación de dichas barreras y las políticas impuestas a los países en desarrollo en el transcurso de la globalización».

Encontramos otros ejemplos de renombre internacional y académico como el profesor R.F.M. Lubbers, ex primer ministro de Holanda que ha argumentado sobre el conjunto de elementos que en la sociedad actual otorgan argumentos y razones a los movimientos antiglobalización, y sobre la transición e íntima unión entre economía y ecología². Entre aquellos destacan el renacimiento de un sentimiento nacionalista de rescate de los valores culturales y de las identidades particulares. Y en general se enmarcan en una reacción en contra de la introducción de una filosofía política muy alejada de la comprensión ciudadana, una contrarreforma que cuestiona el pensamiento orientado exclusivamente hacia la economía de mercado. Todo esto ha generado la proliferación de organizaciones no gubernamentales y movimientos sociales que se oponen al orden político establecido y a sus modalidades de representación. Un renacimiento de lo grupal (sectas, fundamentalismos, Nueva Era), un nuevo concepto y práctica de la solidaridad comunitaria, la economía corporativa..., es decir, todo un conjunto de acciones dirigidas al desarrollo comunitario de competencias compartidas.

Argumentos como los anteriores, así como la evidente realidad de un ritmo ralentizado de progreso y una mayor desigualdad en amplios sectores del globo sin visos de que dicha tendencia pueda ser revertida en los próximos años se esgrimen como razones en contra de la globalización y se unen a aquellas otras que la asocian a la degradación de las contantes climáticas y al deterioro medioambiental. Todo este conjunto de razones y argumentos se plantean de forma generalizada y a veces sin excesivo rigor científico por el cada vez más creciente y organizado movimiento antiglobalizador a nivel mundial.

La contestación social en forma de protestas y manifestaciones contra la globalización y sus efectos han sido promovidas y apoyadas por personas y grupos provenientes de muy variados orígenes e intereses. Algunos de ellos se pueden agrupar según el siguiente esquema:

- Grupos ecologistas y medioambientalistas: denuncian el escaso respeto e interés de las grandes corporaciones industriales y financieras hacia el medio ambiente. Acusan a las compañías de instalar sus fábricas en países del Tercer Mundo donde la legislación ambiental es más laxa o casi inexistente y donde estarían provocando deterioros irreversibles.
- Defensores de los sistemas laborales y sociales proteccionistas, o al menos del mantenimiento del statu quo actual: se posicionan de forma

² <http://earthcharter.org/invent/images/uploads/Lubbers.pdf>.

beligerante contra el libre comercio al cual consideran unido de forma inherente a la globalización. La acusación generalizada estriba en considerarla responsable de constreñir el empleo en el primer mundo para transferirlo a los trabajadores de los países menos desarrollados, donde las retribuciones son mucho menores y las condiciones laborales pueden tener a veces características de explotación o contravenir incluso derechos humanos. Además y en conexión, denuncian el trabajo infantil y la semiesclavitud de muchos trabajadores en los países subdesarrollados como consecuencia de las políticas de los países ricos.

- Anarquistas/ grupos de ultraizquierda: son el grupo que ha demostrado ser más violento dentro de las fuerzas antiglobalización. Están organizados por grupos radicales o activistas de la violencia callejera. Aspiran a liquidar el actual sistema económico y político que rige la vida internacional y cuestionan de forma beligerante la economía capitalista y de libre mercado.
- Productores del sector primario de los países desarrollados: consideran a la globalización como un obstáculo a la comercialización tradicional de sus artículos puesto que abre la puerta de sus tradicionales mercados a otros competidores que hasta ahora estaban imposibilitados de entrar en su propio campo. Estiman que la corriente globalizadora pone en peligro sus sectores productivos sin alternativas viables.
- Sectores políticos conservadores y proteccionistas: rechazan la apertura ilimitada de las fronteras porque implica deslocalización productiva y manufacturera, pérdida de empleo local empobrecimiento de la clase media. Asocian el fenómeno globalizador a la pérdida de la identidad colectiva provocada por la llegada de extranjeros y la homogenización universal de las culturas nacionales según parámetros diferentes a los propios.

Las banderas de enganche de la globalización, ¿Son una realidad?

Si hacemos una revisión crítica del paradigma benéfico de la globalización podremos advertir que quizás, siendo irreversible, aún no han sido suficientemente tenidas en cuenta las otras consecuencias del fenómeno. Numerosos estudiosos del tema llevan años alertando sobre este asunto. Dos académicos británicos John Micklethwait y Adrian Woodridge, articulistas habituales de *The Economist*, se dedicaron a estudiar desde diferentes ángulos diversos aspectos del fenómeno globalizador. El resultado de estas reflexiones, fruto de análisis, encuestas, entrevistas, revisión de datos y cifras, fue recogido en su libro *A Future Perfect: The Challenge and hidden promise of Globalization*³. Los autores parten de la tesis de que existen cinco mitos formulados en torno a la Globalización.

³ <http://hbswk.hbs.edu/archive/1562.html>.

El mayor tamaño de las empresas es fundamental para el progreso y la creación de riqueza.

Durante todo el siglo xx la noción de tamaño tuvo una importancia singular. Seguimos diferenciando entre la gran empresa, la mediana y la pequeña en base a número de trabajadores, a volumen de negocio, a extensión de instalaciones o a implantación geográfica. El sueño empresarial ha consistido durante décadas en «más»; de hecho, la idea misma de progreso va unida al concepto de «más»: más altura, más extensión, más potencia, más velocidad, más producción, más ventas.

Como claro ejemplo de esta asimilación entre éxito y tamaño se presentan las sedes corporativas de las grandes empresas: a mayor importancia, mayor altura, mayor envergadura, más prestigioso el arquitecto del edificio sede de la casa matriz. Lo grande produce respeto.

Los autores concluyen enfatizando que en las fusiones entre empresas originarias de diferentes países la situación es aún más compleja, puesto que los diferentes elementos de la cultura corporativa de cada una de las fusionadas tienden a jugar roles conflictivos en la dinámica de actuación de la nueva compañía creada luego de la fusión y esto puede tener efectos no deseados en los mercados sobre los que se pretende actuar.

En opinión de estos académicos el asunto del tamaño de la empresa, la talla empresarial promovida especialmente por la fusión de empresas, por la integración horizontal entre sociedades del mismo sector, no ha producido todos los resultados esperados, ni satisfecho tampoco las expectativas generadas desde el punto de la globalización, de la mayor presencia o de la integración de mercados.

Una nueva categoría de producción sin fronteras nacionales

El prestigioso economista de Harvard Theodore Levitt⁴, el primer teórico en acuñar el término globalización enfocado a un punto de vista económico sostenía en un artículo publicado en la *Harvard Business Review* que:

«La tecnología está produciendo una nueva realidad comercial, la emergencia de mercados globales en una escala imprevista en cuanto a su tamaño y magnitud».

La globalización trascendiendo mercados e imponiéndose a las barreras de espacio y tiempo parecía que auguraba el triunfo de productos universales sin caracterización territorial que serían comprados y utilizados por consumidores de todo el mundo prescindiendo absolutamente de elementos personales o condicionantes culturales, religiosos o regionales. Sin em-

⁴ Levitt, Theodore, The Globalization of markets, *Harvard Business Review*, May-June 1983.

bargo, si observamos el mundo de nuestros días parece que la realidad se ha encargado de desmentir esta pretensión al menos de forma absoluta. Como reacción a la relativa victoria de los productos mundiales propios de los mercados globales con su implantación mundializada, los responsables de expansión y de implantación comercial de las grandes empresas globalizadas están realizando esfuerzos para segmentar clientes y no solo los mercados. Mientras que a los mercados se les presuponía la innecesidad de su segmentación puesto que se partía del concepto apriorístico de su carácter global, la realidad de la evolución de los balances ha demostrado la obligatoriedad de trabajar en fórmulas que distingan diferentes tipos de público dentro de cada mercado y diferentes tipos de mercados dentro de cada área global de ventas. En las escuelas de negocio se ha terminado por imponer el eslogan «actúa global, piensa local». Las grandes empresas deben resolver problemas paradójicos: ser locales y globales al mismo tiempo, tener estructuras pequeñas y/o grandes según el asunto que motiva su actuación, estar centralizada parte del tiempo o en algunas áreas de gestión y descentralizadas la mayor parte del mismo en otras áreas y trabajar bajo el paraguas global pero identificándose de forma diferenciada. Todo un reto en constante evolución para los gestores empresariales del siglo XXI: lograr evitar la «miopía del marketing» en clave de expansión global orientando las empresas al mercado en lugar de optar por orientarlas únicamente al producto⁵.

Por otro lado la amenaza de la homogeneidad cultural se conoce como la «*Macdonaldización*». La globalización de la economía mundial y el desarrollo de mercados transnacionales han provocado una generación extendida por el orbe que comparte la cultura de comer hamburguesas, beber Coca-Cola, o relacionarse a través de un teléfono móvil. La amenaza a las culturas locales y la extinción de la diversidad cultural parece inevitable. Sin embargo, los teóricos de la globalización cultural como Roland Robertson han hecho hincapié en ciertos efectos paradójicos de la globalización⁶. De nuevo se afirma que incluso las empresas transnacionales deben desarrollar conexiones locales para sus negocios. Robertson considera que esto constituye una «localización» de lo global, «la ubicación» o «reubicación» de la mundialización. La globalización desarrolla así sus propios rasgos culturales y sus propias dimensiones. Robertson llama a este proceso la «*Glocalización*».

Las reglas de la economía deben ser reescritas

Desde que se comenzó a analizar el fenómeno globalizador se ha sostenido que la llamada economía de la globalización es la responsable del incremento de la productividad y del crecimiento del PIB en los países desarrollados.

⁵ Levitt, T. (1960, julio-agosto). «Marketing myopia». Harvard Business Review (pp. 45-56).

⁶ <https://jyx.jyu.fi/dspace/bitstream/handle/123456789/8059/G0000619.pdf>.

Los Estados abanderados (hasta ahora) de la desregulación comercial y de la liberación de transacciones, así como los organismos internacionales que los respaldan, mantenían (y siguen manteniendo, con la duda para este autor de si podemos seguir incluyendo a los EE. UU. en esta categoría), que esta nueva economía se define, básicamente por el uso masivo, generalizado e intensivo de Internet en su aplicación a los negocios y además por la creación de riqueza intangible a través de mercados en diferentes países del mundo de valores bursátiles para que fuera posible efectuar transacciones por las empresas que no poseen activos físicos relevantes. Estas empresas están participadas en acciones que se cotizan y valoran en función de parámetros intangibles como el conocimiento, la información, la innovación, en fin, la inteligencia y el talento aplicados a la creación, producción, valor de mercancías y distribución de productos (bienes o servicios) que implican todos ellos el uso de las nuevas tecnologías. Para los estudiosos favorables sin reparos a la globalización los parámetros de la economía tradicional, dejaron de tener lógica económica a tenor de los nuevos avances de las tecnologías de la información y la comunicación, y al resto de incesantes innovaciones tecnológicas.

No obstante los ya mencionados Miclethwhait y Woolridge argumentan en un estudio sobre la economía de los EE. UU., en las últimas décadas que el argumento, según el cual, la tecnología, y en concreto Internet, revolucionó la productividad de la economía norteamericana y cambió exponencialmente las tasas de crecimiento anteriores, debería ser examinado también a la luz de otras circunstancias políticas y económicas. Ambos autores confirman que las empresas han realizado inversiones constantes en tecnología pero que es necesario considerar también que la inflación ha sido excepcionalmente baja, y que al mismo tiempo se ha disfrutado durante un largo periodo de un dólar fuerte, servicios públicos baratos, y de una abundancia de mano de obra productiva y consumidora generadora de una importante demanda de bienes y productos. En una explícita crítica a los cantos laudatorios a la globalización los autores sostienen que a pesar de las colosales inversiones en tecnología por parte de las empresas norteamericanas durante las dos últimas décadas del siglo xx, la productividad americana creció por debajo de la obtenida después de la Segunda Guerra Mundial: 3,4 %. Claramente encontramos una coincidencia a la crítica empleada por los movimientos antiglobalizadores contra el argumento de que la liberalización comercial amparada en la imparable globalización es el único sistema para la creación de riqueza y la consecución del objetivo de un mayor bienestar de las poblaciones.

Es decir, frente al argumento generalizado que basa todos los recientes progresos en materia económica en los efectos positivos de la globalización, se argumenta que es necesario introducir un concepto más amplio del término «innovación» que aparece demasiadas veces unido exclusivamente a su acepción tecnológica. Innovación es sin duda también la incorporación a las

empresas de nuevas formas de administración interna, gestión de recursos humanos, gerencia o comercialización de productos.

Con la globalización ganan todos...o no

Esta expresión muy extendida es una de las que más rechazo y protesta suscita en relación con los supuestos beneficios de la globalización. Según sus partidarios al final todo suma cero, no hay ganadores ni perdedores sino que las sociedades no tendrían otra opción que adaptarse a la imparable corriente globalizadora y aprovecharse de las nuevas oportunidades en términos de creación de riqueza. Se plantea el proceso como una tendencia inexorable e ineludible, y a sus detractores se los presenta como anacrónicos elementos que luchan contra la evolución o incluso contra el devenir de la Historia...

La idea de que todos resultan ganadores es un axioma de fácil contestación, sobre todo en algunas áreas concretas y de forma muy evidente en relación con el empleo y en cuanto al incremento de las desigualdades en las diferentes regiones del globo.

«La idea según la cual la integración económica es un "juego suma cero" impregna el pensamiento antiglobalizador sobre todo lo que tenga que ver con un comercio libre y justo, con sus puestos de trabajo, con la relación entre países ricos y pobres». Micklethwait y Wooldrige.

Recordando al economista austriaco Joseph Schumpeter la lógica del capitalismo está vinculada al concepto de «destrucción creativa». Una innovación tecnológica permite aumentar la productividad y ofrecer a los ciudadanos nuevos servicios y productos que a su vez destruyen empresas y puestos de trabajo anteriores; pero aquellos empleos son sustituidos por otros creados por la innovación. Así, el capitalismo genera un universo de desarraigo permanente, pero también proporciona la solución: el intercambio de unas actividades por otras. Al final había un juego de suma positiva.

Y en efecto, en cuanto a la creación o desaparición de puestos de trabajo, y de las condiciones laborales parece haber consenso en que no todos ganan: los puestos de trabajo que se pierden en un país son necesariamente sustituidos por el mismo número de empleos en otro país y mucho menos por el mismo número de empleos en otro sector de ese mismo país. La deslocalización promovida por la globalización provoca que sectores enteros de una determinada actividad económica sean desplazados de un país a otro por razones de costes de mano de obra y esto a su vez tiene consecuencias inmediatas sobre el entorno social, sobre la cohesión del conjunto, sobre la confianza en el sistema y culmina con consecuencias todavía no bien estudiadas en el ámbito político. En una evidente muestra de desconfianza en los axiomas de la globalización aquellas naciones que más promueven la libertad de comercio son sin embargo aquellas que persisten en las barreras contra los productos que provienen de fuera de sus mercados estableciendo

medidas (tasas aduaneras, contingentes, cupos) con el fin de proteger alguna industria nacional en particular. Claros ejemplos de esta postura ambivalente y hasta cierto punto incoherente es la Política Agrícola Común europea con respecto a los países productores del sector primario (en gran medida países en vías de desarrollo), o las medidas de protección de la siderurgia estadounidense con respecto a Europa. Un nuevo capítulo de esta dualidad de comportamiento en función de los propios intereses lo encontramos en las nuevas medidas económicas proteccionistas de la Administración Trump.

Si nos atenemos a los datos del Banco Mundial⁷, solo el 1 % de asalariados de todo el mundo fueron los grandes ganadores. Su ingreso real subió en más de 60 puntos porcentuales durante los últimos 20 años. En términos absolutos este exiguo porcentaje vio como sus ingresos reales aumentaban en casi 23.000 dólares per cápita por año comparado con el aumento de solo 400 dólares para la media de los trabajadores por cuenta ajena. Por el contrario, los ingresos se estancaron y en algunos tramos incluso decrecieron para el 5 % más pobre. Es muy interesante observar en este estudio del Banco Mundial como entre el 75 y el 90 % de los asalariados no tuvieron crecimiento real alguno en sus ingresos en el periodo estudiado. Esas personas representan una clase media global en la que podría incluirse a la clase media baja de los países ricos, así como una mayoría de la clase media de América Latina y países excomunistas de Europa del Este⁸. También aumentaron las desigualdades entre las naciones, a pesar de la reciente disminución en la desigualdad global entre individuos. De hecho, las divisiones entre los países son más pronunciadas en este momento que hace 20 años. Más de la mitad de la variabilidad en los ingresos de las personas en todo el mundo es simplemente debido a un factor: el lugar donde uno vive.

La globalización no parece haber ayudado mucho en este sentido.

Una nueva gobernanza aún por describir

A medida que avanza el siglo XXI, desaparecen las clásicas divisiones políticas que proceden de la Revolución francesa y parecen surgir nuevas categorías. Atrás quedan los días de izquierda versus derecha o de liberales contra conservadores. La interdependencia transfronteriza, tanto desde el punto de vista económico como tecnológico, ha crecido considerablemente desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Mientras que la Globalización nos ha demostrado que bienes, personas y capitales pueden circular libremente por todo el mundo, en contraposición a eso parecen redescubrirse las ideologías nacionalistas. Antiguos y trágicos fantasmas que dábamos por enterrados parecen levantarse con renovados bríos. Acontecimientos inesperados por

⁷ <http://www.worldbank.org/en/news/feature/2013/10/25/The-Winners-and-Losers-of-Globalization-Finding-a-Path-to-Shared-Prosperity>.

⁸ <http://www.worldbank.org/en/publication/wdr2017>.

su trascendencia sistémica como el *Brexit* retan la continuidad y el futuro de la Unión Europea, la elección de Donald Trump en Estados Unidos ofreciendo la posibilidad de un nuevo proteccionismo parece atraer a aquellos que se han sentido dejados atrás por el nuevo mundo global y por sus no-reglas.

Con la derrota, al menos por el momento (Francia, Holanda) de los últimos envites populistas que reclamaban posicionarse contra el fenómeno globalizador, muchos gobiernos en Europa y en el resto del mundo sintieron alivio y parecen haber extraído la conclusión de que la oleada populista y de nacionalismo habría llegado a su fin. Sin embargo, probablemente sea esta una celebración demasiado anticipada. Los que se sienten perjudicados por la globalización seguirán votando en consecuencia, y lo harán teniendo en cuenta los cambios sociales y culturales que creen que están fuera de su control.

Y no es sensato que desdeñemos los argumentos que se esgrimen en ese sentido. A medida que la tecnología avanza a un ritmo cada vez más rápido, también se acelera la nueva revolución en un proceso que recuerda al que vivieron los Estados europeos durante las revoluciones industriales del siglo xix. El desempleo y las desigualdades aumentan a lo largo de todos los países desarrollados. La incorporación a la vida cotidiana de las últimas tecnologías, de empresas innovadoras como Uber o de herramientas de comunicación instantáneas como Twitter rememoran las dinámicas y tensiones que sufrió Europa por ejemplo con la llegada de la máquina de vapor o con el comienzo de la implantación del telégrafo hace 150 años. Con estas reminiscencias históricas no es de extrañar que millones de personas teman que fenómenos asociados a la globalización como el rápido avance de la automatización y la inteligencia artificial terminen por expulsarlas de sus trabajos. Esto realmente es el núcleo de la cuestión. El gran número de personas que no alcanzan a comprobar las bondades de esta época tienen razón cuando expresan su inquietud por sus puestos de trabajo y por la continuidad del mundo tal y como lo conocían.

Nadie niega ya la magnitud de la transformación en curso. El filósofo francés Luc Ferry en su última obra publicada distingue las dos lógicas que disputan el papel de las plataformas digitales que se han incorporado a nuestras vidas en este siglo xxi⁹. La primera defiende que Internet y las plataformas sociales forman parte de una tercera revolución industrial que permitirá organizar la vida al margen del régimen capitalista y de las dos estructuras que le son inherentes desde el siglo xvii: el Estado y el mercado; esta revolución presenciaría el eclipse definitivo del capitalismo. La segunda, a la que se adhiere Ferry, no niega que se trate de una revolución (a la que pertenecerían también la incorporación de las energías renovables y no fósiles y que quizá dé lugar a una estructura descentralizada de la vida económica), pero que conllevará de modo estructural una formidable desregulación.

⁹ La revolución transhumanista. Luc Ferry. Alianza Editorial.

Desafortunadamente, el relato argumental a favor de la globalización rara vez se hace de manera fuerte y convincente, y sin embargo es posible encontrar en nuestra historia pasada y reciente ejemplos que sugieren que la globalización, o como hemos indicado, periodos similares de transformación global, pueden ser tremendamente positivos para un país o una región de nuestro planeta. España y su otrora imperio transoceánico con el trasiego de bienes, personas... de cultura en definitiva, es un buen ejemplo de cómo se transformó el mundo y las entonces metrópoli y colonias a medida que los intercambios se hacían más intensos. El Imperio británico en su esplendor es también un buen ejemplo: la apertura de nuevos mercados en África, las Américas, la India, el Lejano Oriente y Australia creó el Londres que conocemos hoy. Las comunidades de China, Asia y África Occidental también se han convertido en parte de la naturaleza diversa y dinámica de la ciudad y han dejado su huella en la cultura local.

Los ciudadanos de todo el mundo no rechazan el futuro sino que desean el cambio, un cambio que permita mejorar sus vidas y las de sus familias en ese futuro, pero la esperanza de hacer que sus países sean «grandes de nuevo» puede ser algo engañosa. La nostalgia es un componente inexorable de la naturaleza humana, pero sería erróneo olvidar las circunstancias negativas que con seguridad también estuvieron presentes en nuestro pasado. Y al mismo tiempo, los líderes del mundo desarrollado han de demostrar que este nuevo planeta con fronteras abiertas puede ser un futuro de éxito para sus sociedades. Para ello tienen que rebatir el argumento de que la globalización funciona solo para unos pocos y deben demostrar por el contrario que trabaja para todas las personas y mejora todas las vidas. Si eso no se hace y no se hace bien, el fenómeno del nacionalismo populista podría volver a ser tan poderoso como lo fue durante el siglo pasado con resultados impredecibles pero que también la historia nos rememora con temor.

Pero llegados a este punto, sería un error concluir que el malestar social con la economía global, o al menos con la forma en como la economía global trata a la mayoría de los que forman parte de (o anteriormente formaban parte de) la clase media, ha llegado a su punto máximo. Si las democracias liberales desarrolladas mantienen políticas de statu quo, los trabajadores desplazados continuarán sintiéndose marginados. Muchos de ellos sentirán que al menos el presidente Trump u otros líderes similares al mandatario norteamericano, parecen comprender y sentir la angustia de los trabajadores. La idea de que los votantes vayan a posicionarse en contra del proteccionismo y el populismo por su propia voluntad sin nada más que una somera recopilación correcta de principios éticos o morales puede ser una vana ilusión cosmopolita propia de elites bienpensantes convencidas de su propio paradigma. Los defensores de las economías liberales de mercado deben entender que algunas de las innovaciones, reformas y avances tecnológicos pueden dejar a algunos grupos, a grupos numerosos, en peor situación de la que estaban. Según los principios teóricos, la globa-

lización, la apertura comercial, el levantamiento de barreras, los cambios ...aumentan la eficiencia económica permitiendo a los ganadores compensar a los perdedores. Sin embargo, si pasados los años los perdedores continúan en peor situación, ¿Por qué deberían ellos apoyar la globalización y las políticas a favor del mercado? De hecho, lo lógico y más a favor de sus propios intereses sería apoyar a políticos que se opongan a esos cambios. Ante un panorama en el que los ciudadanos tienen una creciente sensación de pérdida de control sobre su entorno, de inseguridad acerca del futuro de sus hijos, de incertidumbre sobre el desarrollo económico, social o cultural, de frustración ante el incumplimiento reiterado de las promesas de un mejor porvenir, de falta de confianza en las instituciones y en los sistemas que tradicionalmente han presidido sus vidas parece al menos una reacción humana escuchar al que promete el cambio necesario para atajar todos esos interrogantes. La frustración humana suele convertirse en resentimiento y en señalamientos de culpa y en las sociedades damnificadas esa frustración está derivando hacia un rechazo muy primario, poco racionalizado hacia la política en general y hacia sus actores en particular. Ese rechazo se amplía con facilidad hacia la tecnocracia europea («los hombres de negro»), o hacia minorías culturales, o hacia colectivos de inmigrantes, o hacia las mismas políticas de integración. El papel casi soberano de algunas instituciones como el Fondo Monetario Internacional pone en cuestión el ejercicio de los poderes democráticos y parecen estar por encima incluso de los propios textos constitucionales de las naciones democráticas¹⁰, muchas de cuyas previsiones quedan hoy con casi nulas posibilidades de llevarse a la práctica. Es lo que se ha denominado el largo Thermidor del constitucionalismo antidemocrático¹¹. Las diferentes corrientes de rechazo a lo establecido o a sus consecuencias pueden terminar cristalizando e integrándose en bloques de opinión que serán el objeto de la atención de los nuevos líderes populistas de la antiglobalización¹². La manipulación política populista desemboca con facilidad en un escenario social de degradación de valores, de identificación simplista de culpables e incluso de enfrentamientos intergrupales.

Por lo tanto y aunque parezca una obviedad extraída de los últimos acontecimientos internacionales: en ausencia de políticas avanzadas que incluyan programas amplios de bienestar social, de reconversión laboral, de formación, de refuerzo de valores y principios éticos, así como de programas de ayuda a personas y comunidades relegadas por la globalización, los líderes

¹⁰ La reforma express del art 135CE es un buen ejemplo de la imposición exterior de modificaciones incluso constitucionales. <http://www.congreso.es/consti/constitucion/indice/sinopsis/sinopsis.jsp?art=135&tipo=2>.

¹¹ PISARELLO, G.; Un largo Termidor. La ofensiva del constitucionalismo antidemocrático; Trotta, Madrid (2011).

¹² Ver: HELD, D., Democracy, the nation-state and the global system, en *Economy and society*, n.º 20-2 (1991), p.148.

al estilo de Donald Trump pueden convertirse en una presencia permanente dentro del paisaje.

El proteccionismo defendido por estos líderes, plantea un reto global a la economía mundial. Durante el siglo xx los países más desarrollados crearon un orden económico basado en reglas internacionales y en el principio aceptado por todos de que los bienes, servicios, personas, e ideas podían y debían moverse libremente a través de las fronteras en beneficio de la mayor eficacia, eficiencia y productividad del sistema. Ahora los nuevos líderes populistas cuestionan estos principios básicos con su vuelta a los postulados proteccionistas. Si sus argumentos a favor del retorno a ese mundo en el que las fronteras eran realmente esenciales cala en sus sociedades, las empresas se lo pensarán dos veces antes de construir sus cadenas de producción y suministros globales. La incertidumbre e inseguridad resultante desalentará las inversiones, sobre todo las inversiones trasfronterizas, lo que disminuirá el impulso hacia un sistema global que este sustentado en reglas transnacionales. Y al tener menos inversiones en el sistema, los defensores de dicho sistema tendrán menos incentivos para impulsarlo.

Una situación como la descrita sería realmente un gran problema para el mundo entero. Nos guste o no, la humanidad va a permanecer conectada globalmente, y deberá enfrentarse a problemas comunes como el cambio climático o la amenaza del terrorismo transnacional. Es ineludible la necesidad de reforzar, no debilitar, la capacidad y los incentivos para trabajar de forma coordinada y colaborativa entre los Estados con el propósito de resolver estos problemas.

La globalización y su éxito dependerá de que en los próximos años el mundo sea capaz de organizar una gobernanza efectiva, de que seamos capaces de construir sistemas inclusivos que tengan en cuenta los errores en los que se ha incurrido hasta ahora¹³. Algunos pasos se están dando en este sentido a nivel de las actuales instituciones internacionales en un proceso que aspira a articular mecanismos a través de la cooperación interestatal y de las redes transnacionales ya establecidas en distintos ámbitos sectoriales. Estos mecanismos incorporarían también procedimientos de ayuda para resolver el conflicto en caso de que este se produzca. No siempre estas ayudas han venido desprovistas de ideología hiperglobalizadora o simplemente amparada en «los mercados». El profesor J. Stiglitz ha desarrollado varios de sus documentos de análisis sobre casos en los que se habían realizado análisis ideológicos de los problemas que les impedía tomar una decisión correcta sobre cuáles eran estos y cuál era la realidad sobre la que habían de aplicar recetas económicas estandarizadas que en muchos casos han hecho que «el dolor padecido por los países en desarrollo en el proceso de desarrollo

¹³ Ver: ESTEFANÍA, J., La nueva economía. La globalización. Temas de Debate, Madrid, p. 13.

orientado por el Fondo Monetario Internacional y las organizaciones económicas internacionales ha sido muy superior al necesario¹⁴».

En cualquier caso la propia existencia de estas nuevas dinámicas constata la idea de la existencia de disfuncionalidades en el fenómeno globalizador: desde hace ya años numerosos estudiosos de las relaciones internacionales reconocen que la interdependencia entre Estados o naciones y la falta de gobernanza global son una mezcla con riesgos evidentes de mal funcionamiento aun cuando los potenciales beneficios de la cooperación superen los riesgos de los conflictos no regulados. Las instituciones (nuevas o renovadas) vuelven a revelarse como esenciales para que los pueblos puedan aspirar a obtener beneficios reales del fenómeno global ante la evidente pérdida de poder, de capacidad o de influencia de los Estados.

¿Hacia un retroceso de los estados-nación?

Son diversos los factores todos ellos auspiciados, fomentados o iniciados por el fenómeno globalizador, que están propiciando la erosión del Estado-Nación:

1. La globalización ha provocado que la autonomía o la capacidad de los gobiernos nacionales a la hora de desarrollar sus políticas económicas se vea muy mermada. Esta situación es aun más evidente en el caso de los países que se integran en organizaciones supranacionales como los países de la Unión Europea, y más concretamente de los miembros de la Unión Monetaria. Parece paradójica la situación de las Naciones Unidas, que en el momento actual podría tener un mayor sentido que desempeñara una función regulatoria equiparable en algunos aspectos a la de un gobierno mundial y que en cambio está anclada en un papel claramente secundario. El mundo lleva tiempo planteandose la necesidad de adaptar las Naciones Unidas y, en general, las instituciones surgidas de Bretton Woods, a las circunstancias actuales, que difieren enormemente de las que se daban hace sesenta años.

En cualquier caso hay un hecho que es incontestable y que abunda en la idea de la necesidad de una nueva gobernanza internacional: el número de acuerdos internacionales y de organizaciones internacionales está creciendo de forma exponencial¹⁵. Unos datos: de las 1.422 que existían en 1960 se han pasado a 14.271 en 1981 y a 64.442 (se han multiplicado por cuatro en 20 años) en el año 2011.

Una cuestión directamente relacionada con lo anterior es el hecho de que el marco supraestatal haya ido ganando poder e influencia por me-

¹⁴ STIGLITZ, J., El malestar en la globalización, Taurus (2010).

¹⁵ STRANGE, S., The retreat of the state. The diffusion of power in the World economy, Cambridge Universit Press, (1996), pp. 44 y ss.

dio de cesiones directas e indirectas de los poderes públicos soberanos. Esto tiene un efecto inmediato sobre el componente democrático en el funcionamiento de lo público. Citando a Capella, asistimos a un proceso en el que «cuanto más se enfatizan retóricamente las bondades del sistema representativo más fuerza cobra el gobierno tecnocrático del mundo¹⁶». Esta idea del gobierno de tecnócratas que se aleje de los malafamados políticos profesionales hunde sus raíces en las líneas de pensamiento que parten de el desarrollo de las teorías sobre el fin de las ideologías de las que Fukuyama es su mayor representante¹⁷. Con ella, se trastoca el modelo de legitimación, en la medida en que «busca legitimarse no tanto por la aquiescencia formal del demos cuanto por la eficacia cuyos parámetros autodefine y publicita el propio nuevo modelo». No nos debe parecer muy extraña ni alejada una idea como esta: la realidad italiana de los últimos años ha sido una plasmación de la misma. En 2011 en pleno apogeo de la gran crisis el gobierno con apoyo parlamentario salido de las urnas de Silvio Berlusconi fue abruptamente sustituido por un gobierno de técnicos encabezado por el excomisario europeo Mario Monti. La democracia parlamentaria representativa cedía el paso a la eficacia imprescindible ante la debacle económica que se avecinaba.

2. La creciente movilidad de los factores productivos, principalmente el capital, en un mundo que desregulariza los movimientos financieros, limita la capacidad de obtención de ingresos vía impositiva. Por otra parte, el mismo hecho está limitando la capacidad de financiación vía deuda pública o bonos de algunos Estados. Los mismos argumentos pueden utilizarse en el caso de políticas estatales clásicas como la política monetaria o cambiaría que en muchos países ha dejado de ser operativa por razones de incorporación a una divisa común (caso UE) o porque sus monedas están de hecho vinculadas a las divisas fuertes. Términos tales como el de «la tiranía del mercado» son habituales y se han incorporado a la argumentación más clásica antisistema.

De hecho, como ha señalado Capella¹⁸, esto se ha articulado mediante el traspaso «de decisiones capitales de la esfera pública a la esfera privada». Y esto con independencia de que este Derecho se cree y se mantenga al servicio de los grandes agentes económicos y se presente como beneficioso para la humanidad en su conjunto.

De nuevo la gobernanza democrática se ve debilitada en sus principios esenciales.

¹⁶ CAPELLA, J.R., *Entrada en la barbarie*, Ed. Trotta, Madrid (2007), p. 169.

¹⁷ El texto de FUKUYAMA que ha tenido más eco en España es un breve artículo que condensa su posición FUKUYAMA, F. ¿El fin de la historia?, en *Temas clave*, n.º 1, pp. 85 y ss.

¹⁸ CAPELLA, J.R., *Fruta prohibida... Op. cit.*, p. 260.

3. Los nuevos nacionalismos que se autoproclaman cercanos a los pueblos. Los movimientos nacionalistas, más que desear una reacción contra la globalización, tratan de sacar partido de la misma, a partir de los importantes cambios que viene experimentando la estructura económica mundial, tales como la liberalización y desregulación de los mercados de bienes y servicios, capitales y factores; los avances en transportes y comunicaciones; la terciarización de la economía, que permite la especialización en servicios con un alto valor añadido; o la mayor facilidad para adherirse a procesos de integración o cooperación en el ámbito interregional e internacional. Estas dinámicas que llevan inherentemente asociados ciertos procesos de pérdida de identidad son utilizadas a su favor por el discurso nacionalista latente en comunidades poco favorecidas en las últimas décadas.
4. La constatación de una creciente dificultad por parte de algunos Estados para ofrecer determinados bienes públicos monopolio hasta ahora de los mismos. La globalización está provocando que la provisión, parcial o totalmente, de un creciente número de bienes públicos no pueda ser garantizada por parte del Estado. Se habla ya de los «bienes públicos globales». Un ejemplo muy claro es el caso de la seguridad nacional. En un mundo global en el que las amenazas a la seguridad no conocen fronteras, ningún país puede por sí solo defenderse ante ataques nucleares, químicos o bacteriológicos, ante ataques del terrorismo transnacional o ante pandemias desoladoras.

Citando al profesor Castells: «el estado nación cada vez está más sometido a la competencia más sutil y más preocupante de fuentes de poder que no están definidas y, a veces, son indefinibles. Son redes de capital, producción, comunicación, crimen, instituciones internacionales, aparatos militares supranacionales, organizaciones no gubernamentales, religiones transnacionales y movimientos de opinión pública. (...) Así que, aunque los estados nación continúan existiendo, y seguirán haciéndolo en el futuro previsible, son, y cada vez lo serán más, nodos de una red de poder más amplia¹⁹».

La cooperación interestatal es imprescindible para proveer de seguridad a las sociedades nacionales. De nuevo el papel del Estado se pone en entredicho.

5. El creciente protagonismo de la sociedad civil. En la medida en que el Estado no ha sido capaz de atender con eficacia y eficiencia algunas necesidades, y que la sociedad civil tiene a su disposición herramientas tecnológicas que le permiten organizarse y adoptar posiciones comunes, el papel del Estado se verá progresivamente disminuido. La so-

¹⁹ CASTELLS, M., La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 2. El poder de la identidad, Alianza Editorial, Madrid (1998), p. 334.

ciudad cooperativa encuentra espacios que le permiten zafarse de la regulación normativa y que parece acomodarse bien a un mundo de individuos interconectados que no necesitan vínculos estatales.

¿Es posible tenerlo todo?

Ante este panorama parece más de actualidad que nunca la reflexión que ya en 1979 hacía el que fuera líder de la revolución checa, la Revolución de Terciopelo, en uno de sus ensayos, en el que exponía el concepto de posdemocracia. Havel lo definía como esa nueva sociedad de las postrimerías del siglo xx amparada por las instituciones de la democracia representativa pero alejada sentimental y prácticamente de esas mismas instituciones en un ejercicio de amor/odio con graves consecuencias prácticas. Desde la gran crisis de 2008 hasta ahora ese «gap» real entre las instituciones representativas y los ciudadanos a los que representan, entre las instituciones financieras y las sociedades a las que deberían servir, entre la política y la sociedad real se ha hecho presente como parte integrante del paradigma de la globalización.

En un paso más allá en el análisis de la situación creada por la globalización el profesor de Economía Política de Harvard Dani Rodrick, intentaba ofrecer algunas respuestas en su obra «La paradoja de la globalización». En ella, el profesor Rodrick desarrolla su teoría sobre el «trilema político de la economía mundial», trilema que él establece entre la hiperglobalización, la democracia y el Estado Nación. Para Rodrick en nuestras sociedades posmodernas solo serían posibles dos de esas tres premisas al mismo tiempo. Es decir, la democracia tiende a debilitarse en el marco del Estado Nación cuando ese Estado está integrado profundamente en la economía internacional; o bien la democracia y el Estado Nación solo son compatibles si se ponen límites prácticos, la globalización; o por último la democracia podría llegar a encontrar formas de coexistencia con la globalización pero siempre que se articulan fórmulas de gobernanza transnacional y que se debilitara el Estado Nación.

Según este análisis y como primera opción, el Estado Nación y el momentum de globalización amplia (hiperglobalización) solo serían compatibles en un escenario en el que el Estado abdicara de algunas de sus funciones tradicionales para dedicarse a proveer exclusivamente bienes públicos caracterizados por el objetivo de orientarse al buen funcionamiento de los mercados. En ese escenario según Rodrick: «el objetivo de los gobiernos es ganar la confianza de los mercados para poder atraer comercio y entradas de capital: austeridad, gobiernos pequeños, mercados laborales flexibles, desregulación, privatización y apertura comercial».

Como una segunda alternativa, sería posible articular un escenario en el que se limitara la globalización para fortalecer la democracia y las distin-

tas soberanías nacionales. Rodrick no parece muy entusiasta en cuanto al pragmatismo de este segundo escenario. Aún así cree que para llegar a él sería necesario que se replantearan los grandes acuerdos comerciales internacionales, se regularan de forma mucho más restrictiva los movimientos transnacionales de capital y se establecieran prioridades nacionales de logros sociales inclusivos por encima de los objetivos de los grandes conglomerados empresariales o financieros.

Como última opción (y es en esta en la que el profesor de Harvard parece volcarse) se podría intentar avanzar en un programa que construyera verdaderas estructuras de democracia transnacional compatibles con el poder de la globalización, aún cuando irían en detrimento inevitable de las clásicas estructuras de los Estados Nacionales. Este es el camino señalado a Europa que con una experiencia de años acumulada en materia de integración y redes vinculantes que han construido una realidad supranacional en un proyecto que ahora parece precursor de la globalización de nuestros días, debe encontrar la vía para seguir avanzando en la integración política y económica, reconstruyendo el proyecto europeo, preservando los valores democráticos y a la vez afrontando el fenómeno integrador de la economía global.

Unas consideraciones sobre el fallido TTIP en referencia a la UE y a España

Desde 2013 y hasta 2017, la UE y los Estados Unidos estuvieron negociando sobre una posible Asociación Transatlántica de Comercio e Inversiones (TTIP). Ya conocemos que el resultado no ha sido positivo. Por ahora. Después de la elección de Trump, la comisaria de Comercio de la UE, Cecilia Malmström, anunció que el TTIP estaría «en el congelador por algún tiempo». ¿Puede ser el momento de modificar este orden de cosas?

El recientemente elegido nuevo mandatario norteamericano no concibe la política comercial como una herramienta para fortalecer el sistema comercial mundial. Desde su perspectiva mercantilista, las relaciones comerciales son transacciones de suma cero. Las exportaciones son buenas e impulsan la economía de los EE. UU., mientras que las importaciones son malas y amenazan el empleo en los EE. UU. En cuanto a los acuerdos comerciales, su nacionalismo económico le lleva a preferir los acuerdos bilaterales para que Estados Unidos pueda aprovechar su poder de ser un mercado enorme en número de potenciales consumidores, aumentando así sus posibilidades de obtener concesiones comerciales del otro lado sin dar mucho a cambio. Mercantilismo sin otros visos.

A los pocos días de tomar posesión, Trump decidió renegociar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN/NAFTA) que rige las relaciones comerciales de Estados Unidos con Canadá y México. También se retiró de la Asociación Transpacífica (TPP), importante acuerdo comercial multilate-

ral con 11 países de Asia y el Pacífico, antes de que pudiera ser ratificado. También ha amenazado con impuestos punitivos a las compañías estadounidenses que trasladen trabajos al extranjero. Inútilmente, ha hablado negativamente de la Unión Europea, sugiriendo que es un mero «vehículo para Alemania». Su osadía verbal ha llegado hasta pronosticar que otros países también seguirían el ejemplo de Gran Bretaña y dejarían el club europeo. Su percepción negativa de la UE puede ser consecuencia del hecho de que Estados Unidos mantiene un gran déficit comercial con la UE. Según la Comisión, en 2015 el superávit comercial combinado de bienes y servicios de la UE-Estados Unidos ascendió a 135.000 millones de euros. Un factor adicional podría ser el hecho de que en las negociaciones con la UE, Estados Unidos no es la parte más importante (las economías de la UE y de los Estados Unidos tienen más o menos el mismo tamaño) y por lo tanto sería menos capaz de imponer su peso en la mesa de negociaciones. En este contexto, un acuerdo comercial ambicioso que busque reducir las barreras regulatorias entre los Estados Unidos y la UE, permitiendo un mayor acceso de las empresas europeas al mercado estadounidense, parecería tener pocas posibilidades.

Pero trascurridos ya meses desde el cambio de Administración americana es necesario replantear los términos. La falta de un acuerdo debería inquietar a aquellos que siguen considerando vital la relación transatlántica y el orden comercial mundial basado en normas. Un acuerdo comercial ayudaría a fortalecer la relación transatlántica y la capacidad de Occidente para apoyar una gobernanza económica liberal en un mundo globalizado. El fracaso sería un paso atrás que daría alas a los sectores más populistas y demagógicos antiglobalización. Una oportunidad perdida. Sobre todo porque se suma a serias dudas sobre el compromiso de Trump con la cooperación transatlántica en seguridad y la OTAN.

La elección de Trump, sin embargo, ocurrió después de que las oportunidades de un acuerdo de TTIP ya se hubieran desvanecido en toda Europa. El voto de Gran Bretaña para abandonar la Unión Europea en junio de 2016 fue un duro golpe, puesto que eliminaba a uno de los partidarios más fuertes del TTIP de la Unión. Y en agosto, los ministros de Exteriores en Francia y Alemania hirieron de muerte a las negociaciones dándolas públicamente por fracasadas, principalmente en respuesta a la creciente oposición interna en ambos países a un acuerdo y la cercanía de las elecciones. La UE tiene también por tanto responsabilidad en el estado actual de la cuestión.

Para los gobiernos europeos, la promoción del TTIP ha sido una lucha cuesta arriba. Los críticos de TTIP han dominado con éxito el debate público de Europa sobre un acuerdo comercial transatlántico. Plantearon cuestiones realmente muy llamativas desde el punto de vista social sobre cómo el acuerdo podría afectar la capacidad de Europa para regular los problemas de salud y medio ambiente; trasladaron a los medios cuestiones como la de que si los gobiernos nacionales todavía podrían hacer y cambiar las regulaciones de los sectores afectados sin poder ser demandados por las multinacionales;

o que si los altos estándares de calidad de los alimentos europeos seguirían estando protegidos. Fueron capaces de organizar manifestaciones en las que decenas de miles de personas se manifestaron en contra del futuro acuerdo comercial, mucho antes de que los detalles del acuerdo estuvieran mínimamente claros. Y los responsables de la Unión no fueron capaces de anticipar la fuerza de los contrarios, ni plantear una estrategia de comunicación acorde con la importancia del futuro acuerdo. Su política fue siempre reactiva y nunca proactiva.

Además de ello, durante los años de negociación se prestó escasa atención a los argumentos estratégicos a favor de un acuerdo transatlántico. Los acuerdos comerciales deben estar diseñados para estimular el crecimiento económico, reducir el coste de las transacciones transfronterizas, explotar las ventajas comparativas y aumentar la diversidad de productos y servicios disponibles para los consumidores. Pero no son solo acuerdos económicos. Existe un vínculo claro entre los acuerdos comerciales y la política exterior. Los acuerdos nunca se lograrían sin una diplomacia efectiva; los acuerdos comerciales exitosos fortalecen las relaciones diplomáticas entre los países que los firman. Los esfuerzos históricos de integración regional tanto en Europa como en el sudeste de Asia o en América del Sur han comenzado siempre con pactos comerciales. Pueden y deben ser instrumentos de política exterior como estamos examinando en esta publicación. Si las sanciones comerciales están destinadas a castigar o expresar el descontento, los acuerdos comerciales son declaraciones de apoyo político y amistad entre países. Hay una dimensión geopolítica en las conversaciones del TTIP que a menudo ha sido ignorada o descartada con demasiada facilidad. Más allá de las ventajas económicas de la reducción de las barreras comerciales, un pacto comercial transatlántico daría un impulso a la política exterior occidental y ofrecería varias ventajas estratégicas: Profundizaría la cooperación transatlántica en un momento en que la noción de «Occidente» se cuestiona cada vez más en los Estados Unidos y en Europa; fortalecería el orden comercial mundial basado en normas cuando este fuera cuestionado por Estados no democráticos; y apoyaría la seguridad energética europea en un momento de grave inseguridad en el flanco este de la UE.

La congelación del TTIP envía una señal de desunión occidental sobre el comercio global lo que contribuye a generar dudas sobre la capacidad de Estados Unidos y Europa de proteger, y mucho menos de fortalecer el sistema económico liberal en este contexto de creciente proteccionismo.

Pero puede que no todo esté perdido. Incluso con el presidente Trump en la Casa Blanca, hay elementos de un pacto comercial transatlántico que los Estados Unidos pueden encontrar digno de alcanzar. Una reunión en abril pasado entre la comisaria Cecilia Malmström y Wilbur Ross, el secretario de Comercio de Estados Unidos, permitió atisbar la posibilidad de que se reanuden las conversaciones. Es demasiado pronto para saber si las conversaciones continuarán pero ambos (UE y EE. UU.) saben que deben responder

al desafío geopolítico que plantean los modelos económicos competidores en la masa continental eurasiática; y reforzar la cooperación transatlántica. No son retos menores.

Conclusiones

Si la globalización sigue siendo gestionada como ahora, solo seguirá contribuyendo a crear más pobreza, más desigualdad y más inestabilidad. Decía Keynes con particular ironía, que de seguir así «a largo plazo, todos estaremos muertos». No es esa la situación pero es imprescindible reconocer estos problemas y armarse de voluntad política para abordar las soluciones. Si logramos modificar el rumbo, entonces podremos decir que el malestar con la globalización no fue en vano.

Todo ello requerirá sin duda de mucho tiempo. Es necesario conseguir que los países en desarrollo se doten de gobiernos fuertes y eficaces, y que los países ricos sean conscientes de la necesidad de abordar la reforma del sistema con criterios éticos y de largo plazo. Se necesitan políticas para un crecimiento sostenible, equitativo, transparente, participativo y democrático. Esta es la vía hacia un desarrollo integral que aproveche lo mejor de la globalización. El desarrollo no consiste en ayudar a unos pocos individuos a enriquecerse o en subvencionar industrias sin arraigo real que solo logran aumentar la cuenta de resultados de los ya privilegiados en los países en desarrollo. Un desarrollo integral que es el que se espera de los progresos anunciados por el advenimiento de esta época de cambios globales, debe aspirar a transformar las sociedades, mejorar la situación de esas sociedades en su conjunto y permitir que todos tengan la oportunidad de mejorar sus vidas. El mundo global interconectado no puede permitirse seguir asistiendo a tragedias retransmitidas en directo de muertes por hambrunas, o de millones de personas que no tienen acceso a la educación o a los servicios de salud más elementales.

El mundo, nuestras sociedades, exigen una globalización con un rostro más humano, y todos los procesos que la acompañan deben tener muy en cuenta esta exigencia ética y social.

Madrid, mayo de 2017.